



AHÍ FUERA GRITANDO

Una
antología de
Black Horror

Editada
por

**JORDAN
PEELE**

AHÍ FUERA GRITANDO

Una
antología de
Black Horror

Editada
por

**JORDAN
PEELE**

minotauro

Copyright © 2023 by Monkeypaw IP Holdings LLC
Introduction by Jordan Peele copyright © 2023 by Monkeypaw IP Holdings LLC

Autores:

“Lasirèn” by Erin E. Adams copyright © 2023 by Erin E. Adams
“The Other One” by Violet Allen copyright © 2023 by Violet Allen
“Invasion of the Baby Snatchers” by Lesley Nneka Arimah copyright © 2023 by Lesley Nneka Arimah
“The Norwood Trouble” by Maurice Broaddus copyright © 2023 by Maurice Broaddus
“An American Fable” by Chesya Burke copyright © 2023 by Chesya Burke
“Hide & Seek” by P. Djèli Clark copyright © 2023 by P. Djèli Clark Ltd.
“Pressure” by Ezra Clayton Daniels copyright © 2023 by Ezra Clayton Daniels
“The Rider” by Tananarive Due copyright © 2023 by Tananarive Due
“The Most Strongest Obeah Woman of the World” by Nalo Hopkinson copyright © 2023 by Nalo Hopkinson
“Reckless Eyeballing” by N. K. Jemisin copyright © 2023 by N. K. Jemisin
“The Aesthete” by Justin C. Key copyright © 2023 by Justin C. Key
“Flicker” by L. D. Lewis copyright © 2023 by L. D. Lewis
“Dark Home” by Nnedi Okorafor copyright © 2023 by Africanfuturism Productions
“Origin Story” by Tochi Onyebuchi copyright © 2023 by Tochi Onyebuchi
“Eye & Tooth” by Rebecca Roanhorse copyright © 2023 by Rebecca Roanhorse
“A Bird Sings by the Etching Tree” by Nicole D. Sconiers copyright © 2023 by Nicole D. Sconiers
“A Grief of the Dead” by Rion Amilcar Scott copyright © 2023 by Rion Amilcar Scott
“Your Happy Place” by Terence Taylor copyright © 2023 by Terence Taylor
“Wandering Devil” by Cadwell Turnbull copyright © 2023 by Cadwell Turnbull

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: *Don't Make Friends*, de Arnold J. Kemp © 2023
Diseño de cubierta: Janay Frazier para foureleven.agency
Foto del autor: Kwaku Alston para foureleven.agency
Revisión: dtm+tagstudy
Traducción: © Manuel Mata, 2024

ISBN: 978-84-450-1834-7
Depósito legal: B. 11.714-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

SUMARIO

PREFACIO Jordan Peele	9
A OJO N. K. Jemisin	11
OJO Y COLMILLO Rebecca Roanhorse	29
EL DIABLO ERRANTE Cadwell Turnbull	45
LA INVASIÓN DE LOS ULTRANIÑOS Lesley Nneka Arimah	59
LA OTRA Violet Allen	77
LASIRÈN Erin E. Adams	91
EL VIAJERO Tananarive Due	105
EL ESTETA Justin C. Key	125
PRESIÓN Ezra Clayton Daniels	153
CASA OSCURA Nnedi Okorafor	167
PARPADEO L. D. Lewis	195
LA MUJER OBEAH	
MÁS FUERTE DEL MUNDO Nalo Hopkinson	209
EL PROBLEMA DE NORWOOD Maurice Broaddus	235
UN PESAR POR LOS MUERTOS Rion Amilcar Scott	251
CANTA UN PÁJARO	
JUNTO AL ÁRBOL GRABADO Nicole D. Sconiers	279
UNA FÁBULA NORTEAMERICANA Chesya Burke	299
TU LUGAR FELIZ Terence Taylor	315
ESCONDITE P. Djèli Clark	333
LA HISTORIA DE UN ORIGEN Tochi Onyebuchi	353
AGRADECIMIENTOS	391

A OJO

N. K. Jemisin

i Una mujer negra, de unos treinta y tantos, sola? ¿Al volante de un Tesla de cien mil dólares? Carl la habría detenido en cualquier circunstancia. Con ropa informal; ni lo bastante guapa ni con una piel lo bastante fina para ser la amante de un blanco rico.

—¿Qué sucede, agente? —pregunta al bajar la ventanilla.

Tiene las manos a la vista, sobre el volante, sin expresión alguna en el rostro. No huele a hierba ni nada parecido, pero el agente encontrará algo. Siempre hay algo cuando ve los ojos.

—Permiso de conducir y permiso de circulación, por favor —dice.

—¿Por qué me ha hecho parar? Estoy segura de que no iba deprisa.

—Permiso de conducir —repite el agente, lenta pero (¡como siempre!) educadamente— y permiso de circulación.

Ella titubea un momento más, en un silencio roto solo por el zumbido de los coches que pasan. Solo por este titubeo, Carl ya podría detenerla por obstrucción a la justicia e incluso resistencia; pero decide esperar. Es un chico paciente. Al cabo de un momento, ella separa las manos del volante con lentitud.

—Voy a meter la mano en el bolsillo de la puerta de mi coche —dice—. Tengo allí una carpeta con el permiso de circulación y el resto de la documentación. ¿Puedo sacarla?

—Adelante —dice, divertido.

TikTok está lleno de vídeos sobre «cómo hablarle a la policía» en estos tiempos.

La chica le entrega dos documentos. El primero es la tarjeta de registro, que está al día. El segundo, el carné de conducir, también al día. Y pegado a este, aparentemente por casualidad, su tarjeta de miembro de la Asociación Nacional de Abogados. También al día.

El agente la observa de reojo. Ella tiene la mirada clavada en la delicada curva de la interestatal, como si no le importase su presencia o lo que pueda pensar de la pequeña estratagema a la que ha recurrido para que sepa quién es. Pero eso no es lo que importa. ¿Dónde tiene el teléfono? La mayoría de los conductores lo llevan en el asiento del copiloto o en la consola, a su lado, o colocado en un soporte sobre el salpicadero. Si no está a la vista... El Estado donde vive Carl permite grabar las intervenciones policiales. Más vale pensar mal.

Así que le devuelve a la mujer los documentos.

—Gracias, señora. Que pase un buen día.

Ella lo mira a la cara por primera vez, todavía con expresión impasible, pero con frialdad en la mirada. La verdad siempre está en los ojos.

—¿Puede decirme por qué me ha hecho parar, agente... Billings?

—Pues, verá. Ahora veo que están bien, pero me había parecido que tenía algún problema con los faros.

Se aparta de la ventanilla y rodea el coche hasta la parte delantera. Aún lleva la linterna encendida, y sabe cómo *deben* ser los de este modelo: LED de borde blanco, inclinados hacia la parte interior. Los ojos del Tesla son más bonitos que los LED, de aspecto más deportivo. Se mueven y empiezan a seguirlo cuando se sitúa a su alcance. Iris marrones, como los de la conductora, y no menos fríos. Que no parpadean, no se desvían, se limitan a clavarte una mirada fija y penetrante. Sea lo que sea lo que trama —y siempre trama algo—, la muy zorra está preparada para él.

Lo que no quiere decir que no podría detenerla. Su cámara corporal está apagada «por una avería». Nada le impediría sacarla del coche, presionarla un poco para que se entere de que no les tiene miedo a los abogados y meterla entre rejas hasta que sepa qué es lo

que ha hecho. O, todavía mejor, meterle un tiro, que las muertas no te denuncian luego.

Todavía delante del coche, levanta la vista. Hay un pequeño dispositivo de forma rectangular junto al retrovisor trasero. No distingue lo que es ni adónde apunta, pero podría ser una cámara.

Podría intentarlo, de todos modos. Las negras no suelen ser noticia. Suspira y vuelve a la ventanilla de la conductora.

—Disculpe que la haya hecho parar, señora, pero está todo correcto. Que pase un buen día.

Siente cómo se le clavan en el perfil los ojos —los de la mujer— mientras regresa a su coche.

—Lo mismo digo, agente.

«Otra vez será, zorra.»

Carl comenzó a ver los ojos hace unos meses. Al principio pensó que solo era un nuevo modelo de faros. Cada año aparece alguno: con bordes de neón, con varias bombillas y de aspecto insectoide, con forma de corazón o de cabeza de cobra. Horteras pero no ilegales. Pero estos ojos son demasiado realistas como para ser un simple modelo más. Parpadean y tienen venas en la esclerótica, estrías en los iris y manchas en los rabillos. De hecho, en una ocasión los vio aparecer: eran simples faros alógenos un momento y, al siguiente, empezaron a parpadear. Desde entonces se ha dado cuenta de una cosa: esos ojos son algo mágico, o sobrenatural, si es que hay alguna diferencia. Ha preguntado por ahí, como sin darle importancia, si alguno de los compañeros ha visto esos nuevos faros tan modernos, pero en vano. Nadie dice haber visto unos extraños faros con forma de ojo.

La magia, la bendición o el don psíquico son exclusivos de Carl. Solo suyos.

Tiene que haber alguna razón para ello, así que —para tratar de averiguarlo— comienza a parar todos los coches que los llevan. Al principio es complicado: lo normal es colocar los radares de velocidad con el coche patrulla orientado hacia un lado de la autopista, en el mismo sentido del tráfico, pero los ojos se ven con más facilidad desde el otro lado. Nunca aparecen en los faros traseros.

Lo cierto es que iluminan exactamente igual que cualquier faro, con haces de luz proyectados en ángulo desde las pupilas, así que se

le escapa un par porque no es fácil detectar el modelo o el color de un coche cuando te han deslumbrado en la oscuridad. Aun así, el primer «coche con ojos» que ve es una mina de oro.

Un tío trajeado, con un buen coche (pero no demasiado), que despide un leve olor a productos químicos. Se llama Giménez. Dicharachero de una forma que apesta a farsante. Cubano de tercera generación de Florida; deja caer que vota a los Republicanos. Cuando Carl pide una unidad canina, el tío conserva la calma e incluso ofrece su maletín para que lo examinen. El perro se pone en alerta con el maletín del tío, que contiene un par de petas en un bolsillo. La marihuana es legal, como, a todas luces, sabe perfectamente el Sr. Giménez; buen señuelo. Sonríe cuando los agentes del perro cierran el maletín. Carl le devuelve la sonrisa... y recuerda al Sr. Giménez que acaba de cruzar con una sustancia de categoría 1 la frontera de un estado donde no es legal dicha categoría, lo que es una razón válida para realizar un registro completo del vehículo.

Giménez pierde los papeles. Comienza a hablar de demandas y de llamar al alcalde de una ciudad de la que el agente nunca ha oído hablar. Pero lo cierto es que hay un bulto perceptible en el techo de tela del vehículo, un paquete en el que, una vez rajado, encuentran dos paquetes de la más pura heroína blanca sudamericana, prensada y cosida en pequeños recipientes de vinilo. También hay un fajo con diez mil dólares en billetes pequeños.

El capitán de la unidad le contará más tarde que la heroína podía alcanzar un valor de venta en la calle de más de doscientos mil dólares. Del dinero en metálico mencionado por el Sr. Giménez, no hay ni rastro, pero ya se sabe que los traficantes mienten constantemente. En cualquier caso, al final Giménez hace un trato con la fiscalía, y el departamento de tráfico de autopistas puede presumir en Facebook de una importante confiscación, así que todos felices.

Carl decide que, la próxima vez que vea los ojos, no llamará a nadie. Gracias a su magia, la unidad canina se ha apuntado un tanto importante, y el cabrón del agente ni siquiera le ha dado las gracias.

Mientras pasa junto a la mesa del supervisor de su turno, Kinsey, este se levanta y lo sigue al vestuario. Está vacío porque no es cambio de turno, y no hay cámaras allí. Tienen privacidad.

Carl no conoce a Kinsey. La patrulla de autopistas está llena de chicos majos de los de toda la vida; todos pertenecen a familias de policías, pero para la mayoría lo que cuenta es el color: el blanco. Resulta que Kinsey es blanco. Y resulta que Carl es negro. Razón de más para andarse con cuidado.

—Estoy recibiendo algunas quejas —dice Kinsey mientras Carl se quita el uniforme—. A ver, ya sabes que la gente siempre se queja de todo, pero últimamente estás teniendo un número excesivo de casos «sin causa probable». ¿Estás... consultando a una vidente o algo de eso?

Tiene gracia.

—Tengo corazonadas —responde Carl—. Como todos. Pero no encontrarás un informe mío sin la causa de la intervención, ¿a que no?

Kinsey lanza uno de esos suspiros que parecen querer decir «¡ay, qué gente!». Carl no sabe si es por él o por los de las quejas.

—¿Sabes cómo queda que le partas el brazo a una persona al sacarla del coche por tener la ITV caducada? ¿No crees que se podría haber hecho mejor?

—Lo único que hice fue tirar del chaval. No pretendía hacerle daño.

Al parecer, existe algo llamado «fractura por torsión». Los chavales de hoy en día no beben suficiente leche.

—Mira...

Kinsey se frota la cabeza como si le fastidiara tener que mostrar empatía.

—Lo comprendo, de verdad, pero tienes que entender que esa gente va a por nosotros. Lo único que intentamos es mantenerlos a salvo, pero ellos solo piensan en la pasta que se pueden sacar vendiéndole un vídeo a la TMZ o demandando a la ciudad, así que ¿puedes ser menos duro con ellos? Por favor.

Se marcha antes de que pueda responder. Ahora que ha hecho lo que le tocaba hacer, no tiene por qué seguir tratándolo como una persona.

Pero Carl ha captado el mensaje, así que, a partir de ahora, empezará a describir las causas probables como delitos en potencia. Le parece innecesario este rapapolvo sobre causas y actuaciones indebidas. Las únicas justificaciones que él necesita son la inmunidad cualificada

que le corresponde como agente de policía y la presencia de los ojos. Pero vale, entrará al trapo y hará lo que le mandan, porque parece que hasta los buenos tienen que protegerse.

Carl no tiene novia, solo una colección rotativa de polvetes. No «amigas con derecho a roce» ni «follamigas», precisamente por la parte de «amigas». Por suerte, todavía quedan las suficientes personas respetuosas de la ley como para encontrar muchas mujeres a las que les gustan los policías. Lo que pasa es que él es un exquisito. Necesita mujeres que tengan cierta... ¿madurez?, ¿desapego?, ¿conciencia de su propia insignificancia?

Además, solo sale con mujeres blancas, más que nada para jorobar a Kinsey y al resto de los chicos majos de toda la vida. Lo cierto es que lo único que quieren esas mujeres es la oportunidad de decir que las ha empotrado un negro y, si acaso, chinchar un poco a otras mujeres negras mientras tanto. A Carl le gusta tirárselas, así que es un caso de manipulación mutua en beneficio mutuo. Si alguna protesta porque la llame «polvete» en lugar de «novia», o si quiere algo más que su polla, la deja al instante. Que tampoco hace falta complicarse.

Sí que tiene una gran pasión en la vida: un Porsche 911 G-Series de 1975, que lleva casi una década restaurando. El primer modelo de Porsche con turbo, 250 caballos y neumáticos Vredestein: una auténtica belleza. Le costó un pico, literalmente: ciento cincuenta gramos de heroína confiscada para el agente responsable del depósito de vehículos confiscados, quien tuvo la amabilidad de sacarlo de la lista de subastas.

Una vez restaurado, podría valer cien mil dólares, fácil. El pobre tenía una pintura verde con pinta de vómito y una tapicería de color calabaza; él ha sustituido la tapicería por otra de piel de oveja en color negro azulado y ha pintado la carrocería de negro. Duerme en su garaje, protegido por una lona, pero más o menos una vez al mes lo saca a dar un buen paseo por la autopista a primera hora de la mañana, durante el cambio de turno o cuando Miller está de guardia, porque tiene la costumbre de dormirse. Prefiere no llevarlo por la ciudad porque no lo tiene para vacilar ni para compensar ninguna carencia. De hecho, está bastante dotado. Lo que a él le gusta es la potencia. No hay nada como pisar el acelerador a fondo, perderse en el rugido del motor y dejar atrás el mundo y sus prejuicios.

(La primera vez que lo vio, Carl sabía que el coche estaba hecho para él, destinado a ser su primer coche, meses antes de que «los ojos» llegaran a su vida. Una cosita preciosa en estado de absoluto abandono por parte de un viejo *hippie* blanco jubilado, que aún tenía antecedentes penales por haber participado en alguna protesta allá por los setenta. Le dio un puñetazo a un poli, pero salió bajo fianza. Esta vez, con la ayuda de una pistola que Carl le plantó en el sitio correcto, le cayeron varios años en la penitenciaría del Estado y así, como por arte de magia, el coche terminó donde debía. Y el universo lo recompensó con los ojos, gracias a los cuales él no ha tenido que volver a amañar pruebas.)

Pero, una noche, a Carl le cuesta dormir; y luego le cuesta despertarse, hasta que de repente se incorpora, sudando y agarrándose el pecho. En el sueño, caminaba por el almacén de los vehículos confiscados buscando otra buena pieza. Puede que monte un pequeño negocio alternativo de compraventa de coches *vintage* de lujo; pero en el sueño era de noche, que siempre es el peor momento para montar nada. Y no había nadie en la garita del guardia, algo que no sucede nunca. Las luces del depósito estaban todas apagadas, salvo una, al fondo de todo. Y allí, debajo de uno de esos carteles de «Jesús te mira», estaba su coche. Sabía que era el suyo, a pesar de que había vuelto a ser de color vómito, porque los faros, después de parpadear con de un par de ráfagas rápidas, se transformaron en dos ojos castaños y serenos. Unos ojos conocidos.

Al despertar, Carl se levanta, abre los ojos y dirige la mirada al otro lado de la casa. Vive en una zona tranquila, y queda como una hora para que amanezca. Aparte de un leve traqueteo de la ventana, reina un silencio completo.

Tiene que saberlo.

Baja y sale. El garaje, separado de la casa, está cerrado y en silencio. El sensor de movimiento activa las luces, y la alarma se desconecta cuando introduce el código. Enciende las luces del interior —LED, para que no desgasten la pintura—, pero no hay parpadeo. Carl agarra con una mano la funda de protección del coche y la levanta con lentitud. Las ruedas necesitan un repaso. Y...

No hay ojos.

Solo era un sueño. Nunca ha visto sus propios ojos en ningún sitio que no sea el espejo, y mucho menos en el coche. No tendría que haberse tomado el helado antes de irse a la cama.

Vuelve a poner la alarma, apaga las luces y regresa a la casa tras pasar unos instantes en el porche, dejándose envolver por el sosiego de la oscuridad fresca y silenciosa. Mientras está allí, esperando a que se le pasen los temblores y lamentando no haberse quedado con la hierba de Giménez además de con su dinero, levanta la mirada y se encuentra con otro de esos puñeteros carteles. La megaiglesia de la zona los ha colocado por todas partes, para ver si consigue acojonar lo bastante a la gente para que el pastor pueda comprarse otra casa en la playa. En teoría, no deberían estar tan cerca de las zonas residenciales, por la contaminación lumínica o no sé qué, pero allí lo tienes, enorme. El mismo que Carl ha visto en el sueño: un fondo rojo sangre con unas palabras en negro que dicen que JESÚS TE ESTÁ MIRANDO.

Más vale que el cabronazo de Jesús tenga la boca cerrada. Carl vuelve adentro.

Sabe que pasa algo cuando entra en la comisaría y ve que los compañeros no le prestan atención. Lo normal es que lo miren mal o lo sigan con la mirada y le rieguen la espalda con todo el desprecio que no tienen valor para lanzarle cara a cara. Pero ahora, en cambio, mantienen los ojos clavados en la mesa o en la pantalla del ordenador cuando él pasa, y hay una especie de intranquilidad en su tensión. Vergüenza, sospechará luego, sea porque sienten el deseo de admirarlo y se aborrecen por ello, o porque ha hecho que recuerden sus propias transgresiones.

Entra en el despacho de Kinsey con el Post-it en el que decía que fuese a verlo en la mano, recién arrancado de la pantalla de su ordenador.

El vídeo salió ayer mismo en Instagram, pero él recuerda que el incidente sucedió hace cosa de un año. Una mujer de Oriente Medio, con hiyab, de mediana edad y buena carrocería. Cometió el error de responderle mal cuando la detuvo por exceso de velocidad. Estaba teniendo un mal día. Se sintió mejor después de meterle el bastón retráctil en la boca. La mujer perdió algunos dientes y pasó una noche a la sombra. En su opinión, salió bien parada. Podría haber sido mucho peor. Y ahora lo está demandando por —ojo al dato— agresión sexual. Porque el bastón era un objeto fálico, supone Carl. Pero a veces un bastón es solo un bastón, cojones.

Lo más frustrante de todo es que existe un vídeo. Incluso cuando tiene un mal día, él siempre busca las reveladoras luces de la cámara

de los móviles. Mira detrás de los espejos e incluso les obliga a apagar el coche para que su móvil no se pueda sincronizar por Bluetooth. A juzgar por el ángulo, parece que la mujer había dejado el teléfono en el asiento trasero. El vídeo no se ve bien, algo emborrona parte de la vista. ¿Lo tendría escondido detrás de algo? Pero, sea como sea, el caso es que no lo vio y ahora le han pillado. Y por si no fuera poco, parece ser que la mujer era mayor de lo que parecía. La prensa ya está haciendo sangre con titulares como: «Grabación de una abuela asaltada en cámara demanda a un agente de policía por 3 millones de dólares».

(Los vio, almendrados y sugerentes, en el capó del coche de la mujer. Y había otros: un par en el guardabarros y otro, casi escondido en el logotipo de la marca, sobre el capó. Así fue como supo que había gato encerrado, a pesar de que luego, en el registro, no encontró nada. La fiscalía retiró los cargos por resistencia a la autoridad. Tendría que haber sido más cuidadoso).

Kinsey cierra el portátil.

—El sindicato ya ha tomado cartas en el asunto —le dice—. Su abogado acudió a la prensa antes de hablar con nosotros. Es evidente que quieren sacarle pasta al tema. Pero tengo que suspenderte sin sueldo hasta que la cosa se calme.

Carl se lo toma con filosofía. Lo mismo que la entrega del arma y el táser. No es la primera vez que lo mandan a un escritorio o lo suspenden por algo así. Sabe que no pasa nada. La «abuela» no es lo bastante joven, guapa ni blanca como para captar la atención de la opinión pública durante mucho tiempo.

Sin embargo, al volver a casa y mirar en Facebook, descubre que hay más gente hablando del incidente de la que le gustaría. Algunas cuentas muy importantes lo están compartiendo en redes sociales y... Joder, ¿también un par de famosos? ¿Es que no tienen nada mejor que hacer? Y un senador estatal...

Todo irá bien.

No va bien.

Carl tiene un amigo: Bo Walker, *sheriff* en un condado adyacente. Cada pocas semanas quedan para tomar unas cervezas, y a veces para ver algún partido. Bo le dice que puede conseguirle un trabajo en su departamento

en unos seis meses, tiempo más que de sobra para que el caso se olvide. Aunque hay algunas cuestiones tácitas que quedan sin mencionar. Para empezar, que tendrá que aceptar una rebaja de sueldo. O que aún existe la posibilidad de que presenten cargos contra él por el vídeo del bastón, dado que el sindicato no ha intervenido como debería. Que sí, que han hecho mucho ruido y han puesto los escollos de costumbre, pero cuando Kinsey decidió despedirle, no hicieron nada. Lo que significa que Carl es lo bastante vulnerable como para, con un poco de mala suerte, ir a la cárcel, y todos lo saben. Y Bo también, aunque seguramente piensa que merece la pena arriesgarse para conseguir un agente experimentado a precio de ganga —porque los hombres no tienen amigos realmente, cree Carl, por mucho que lo llamen así por civismo. Lo que tienen es rivalidad amistosa. Bo y él se hacen favores a menudo, y, aun así, siempre están intentando imponerse el uno al otro cuando pueden—. Pero, con un poquito de suerte, dentro de seis meses, Carl podrá recuperar una vida. Aunque no sea la que querría.

Bo accede también a comprarle el Porsche. Él no quiere venderlo; lo adora, coño. Pero seis meses es muchísimo tiempo para estar sin ingresos y la página que ha montado en GoFundMe no está yendo bien. Lo lleva en persona hasta casa de Bo y luego lo limpia él mismo con una gamuza, a modo de despedida. Hasta derrama alguna lagrimita después de que Bo lo lleve a casa, cuando nadie puede verlo.

Pero al menos tiene el pequeño consuelo de que el sueño ha desaparecido. Se repetía varias veces por semana, siempre idéntico y siempre con sus ojos en el Porsche, al final. De repente comienza a dormir como un bendito y, durante cosa de una semana, el tiempo libre y la conciencia tranquila se conjuran para hacerle sentir como si estuviera de vacaciones por primera vez desde hace años. Así que se acomoda y lo disfruta. Coloca una hamaca en el patio trasero y permanece allí durante horas, columpiándose para sacarse el estrés del cuerpo mientras bebe cerveza y lee revistas. Incluso se la casca allí un par de veces, a pesar de que sabe que una de sus vecinas puede ver el patio —una de las veces, después de una corrida espectacular, se queda mirando la ventana de la vecina y sonríe. Y la vecina, que, en efecto, estaba observándolo, cierra las cortinas de un tirón y no vuelve a mirar a Carl a los ojos—.

Entonces, una semana después, sin venir a cuento, recibe una llamada de Bo.

—¿Qué mierda me has intentado colocar, tío? El coche está mal.

—¿Cómo?

—Que está averiado. Arranca, pero se apaga.

Mierda. Se incorpora a duras penas en la hamaca.

—Nunca lo había hecho. ¿Lo has llevado a un taller?

—Tío, te acabo de comprar ese cacharro. ¡No tengo que llevarlo al taller! Me dijiste que estaba en perfecto estado. Macho, estoy intentando ayudarte, pero no me lo pones fácil, joder. Solúcionalo. ¡Ya! Clic.

Así que Carl se acerca a casa de Bo. Este se pasa todo el rato farfullando mientras él comprueba el motor de arranque, el conducto del combustible y el resto de los sospechosos habituales. Algo falla, en efecto. El motor no suena como siempre cuando lo arranca. Se enciende, sí, pero tiene un carraspeo arrastrado en el fondo de las tripas que se convierte en una tos antes de que vomite una bocanada de humo negro y se cale, al cabo de cinco minutos. Carl sospecha que es un filtro del combustible obstruido, pero también es posible que solo tenga la esperanza de que sea algo tan sencillo. Como sea el cigüeñal, no va a poder arreglarlo con las herramientas de que dispone.

Le sugiere a Bo que pida una grúa para llevarlo a su casa, donde tiene un elevador mecánico para levantarlo, pero Bo pierde los estribos. Siempre ha tenido mal genio, pero es la primera vez que lo ve así —pero claro, piensa, un coche de cien mil dólares es una prueba de fuego para cualquier amistad.

El tío se le planta delante y le clava un dedo en el pecho para subrayar cada sílaba de sus siguientes palabras:

—¿Te crees que me puedes tomar el pelo? ¿Te has pensado que soy uno de esos gilipollas de tu antigua unidad? No sabían lo cabrón que eres, pero yo sí. ¡Lo estoy viendo ahora mismo! —Se lleva dos dedos a sus propios ojos, en la primera mitad del clásico gesto «te estoy vigilando», y, por alguna razón, Carl siente que se le encogen las tripas al verlo—. Te vas a llevar este montón de mierda y me vas a devolver hasta el último centavo que te había pagado por él. Y se acabó. No pienso hacerte ni un puto favor más.

Querría preguntarle si eso incluye también el trabajo prometido, pero hay algo bastante más acuciante en el asunto. Ya se ha gastado una parte del dinero para pagar los tres meses de hipoteca que debía.

—Vamos, tío, no puedes...

—No, ¡qué va!

Están así un rato, Bo chillando como un puto loco y él conteniendo el natural impulso de reventarlo a hostias, hasta que Bo accede a darle más tiempo para arreglarlo. Carl decide marcharse antes de que le juegue una mala pasada su mal genio. Por la mañana, volverá con herramientas y hará lo que pueda, con la esperanza de que Bo se calme.

Aquella noche es incapaz de dormir y repasa el episodio en su cabeza. ¿Por qué se ha puesto así Bo? Es como si no fuese una mera cuestión de dinero. Ni de ira; no habría podido ser policía durante tantos años sin ser capaz de distinguir la auténtica ira del miedo disfrazado de beligerancia. ¿Bo estaba asustado? ¿Y por qué no consigue quitarse de la cabeza su pequeño comentario?

«Lo estoy viendo ahora mismo.»

Carl da un respingo. ¿Es que también puede ver los ojos?

Él sigue viéndolos, a pesar de que, sin la placa, no puede hacer nada con los conductores. Un viejo Miata, un nuevo y flamante Escalade... Los conductores son jóvenes o viejos, blancos o de otras razas, elegantes o zarrapastrosos, pero él sabe que todos andan metidos en algo gracias a los ojos. Siempre hay algo.

Y entonces lo comprende. Se incorpora en la cama con la respiración entrecortada. Nunca ha mirado la parte delantera del coche de Bo.

(Mucho después, se dará cuenta de que, en aquel momento, no pensaba con claridad. Nunca se había molestado en mirar los coches de sus compañeros de comisaría porque era consciente de que la mayoría de ellos tendrían ojos. Pegan a sus mujeres y venden tarjetas de vacunación falsas y ocultan adicciones a los opiáceos y cosas peores, mucho peores, que cualquiera que haya podido hacer él. Siempre los ha odiado, pero tenía que trabajar con ellos, lo que significaba hacerse el ciego en el aparcamiento.)

¿En qué está metido Bo, entonces? Algo muy malo, seguro.

Por la mañana, ha trazado un plan. O la mitad de un plan, en realidad, pero la mitad importante: va a echar un vistazo al coche de Bo, la camioneta que suele conducir, dado que ya ha visto que en el Porsche no hay ojos. Lo que aún no está claro es lo que hará luego,

en el caso de que los encuentre. Seguramente, plantearle algunas preguntas con calma y tranquilidad. Sigue necesitando el trabajo. Pero si Bo se cree que le va a obligar a devolverle el dinero cuando está claro que la avería del Porsche es culpa suya... Bueno, van a tener que hablar.

Coge el bastón, eso sí. En teoría es ilegal llevarlo escondido, pero siempre existe la posibilidad de que haya que soltarle la lengua un poco a Bo.

Se supone que tiene que estar en casa de Bo a las diez. Se presenta a las ocho para confundirlo un poco.

—Quería empezar cuanto antes —dice cuando Bo lo mira con ojos soñolientos y hostiles desde detrás de la mosquitera. Lo dice mostrando una sonrisa burlona, cosa que no le cuesta mucho teniendo en cuenta la pinta que tiene Bo recién levantado—. Lo único que tienes que hacer es abrirme el garaje y volverte a la cama si te apetece. Quiero mirarlo bien.

Esto parece aplacar a Bo, que refunfuña, pero, finalmente, se pone unos pantalones y lo acompaña al garaje, que está en una caseta separada. Mientras caminan, Carl le da conversación para intentar que se relaje, aprovechándose del aturdimiento de quien se acaba de levantar. ¿Ha dormido mal? Ah, ¿una pesadilla? Ya, él también las tiene; el estrés. ¿Los compañeros le están dando problemas? ¿Qué pasa con la nueva?... Samantha, se llamaba, ¿no? Tiene pinta de chuparla como una aspiradora, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Sigue dándole palique mientras el otro saca el gato. Entonces... Mierda. También necesita levantar la parte delantera. ¿Bo tiene dos gatos? ¿Y el del coche habitual? Si le da la llave, puede encargarse él.

Bo, que no se fía tanto, lleva a Carl al cobertizo. Está a rebosar de desechos sospechosos de tipo rural: un congelador, algo parecido a una bici de niño y el cortacésped más oxidado y maltrecho que haya visto. ¿Es que no limpia nunca, el tío? Y su camioneta, a pesar de que es relativamente nueva, está llena de abolladuras y tan sucia como si llevara semanas sin lavarla. No puede creer que le haya vendido la niña de sus ojos a semejante cerdo.

Pero el caso es que se inventa una excusa para rodear la camioneta por la parte delantera y...

No hay ojos. Anda. Mierda. Pues estaba seguro de que los habría.

Vuelven al garaje. Él usa los gatos para levantar el Porsche y comienza a trabajar. Pasan un rato en silencio, hasta que:

—La pesadilla era sobre ti, ¿sabes? —dice Bo mientras se cruza de brazos.

Carl, metido con los dos brazos en el motor, frunce el ceño y decide hacer una broma:

—No me va ese rollo, tío, lo siento.

Bo deja escapar una risa poco entusiasta.

—Ya, qué gracioso, gilipollas. El caso es que he soñado que parabas a una tía y le hacías un gesto con el dedo mientras ella te suplicaba que no la llevaras a la cárcel. Y también había un chaval de unos... no sé, trece o catorce. Le cogió el coche al padre sin permiso y lo estrelló, pero estaba bien... hasta que llegaste tú. Terminó con contusiones y varias costillas rotas, no sé cómo. Y luego había un viejo... —Bo bosteza. Carl lo mira fijamente desde la sombra del capó, con la frente cubierta de profundas arrugas—, un poco chocho; de unos ochenta años. Lo hacías parar por ir demasiado lento en el carril rápido y luego le empezabas a romper los dedos mientras él llamaba a gritos a su mujer y a su hijo...

—Tío, ¿de qué mierdas hablas?

Carl no es idiota. Sabe cómo funcionan los interrogatorios. Bo está tirando la caña. Pero, aunque es una estupidez, está horrorizado. ¿Cómo coño *sabe* todo eso? El chaval estaba demasiado acojonado y nunca lo denunció. Al viejo le dio un ataque al corazón, así que nunca pudo explicar lo de los dedos —una caída, dijo él en su informe. Y el forense no se molestó en investigarlo—. Y hay *detalles* en lo que cuenta Bo que no podría saber si no hubiera cámaras. Pero no las había. Lo *comprobó*. Como siempre.

—Un sueño más raro... —dice Bo encogiéndose de hombros. Pero aún con expresión dura—. Pero, una cosa... Como se te ocurra pensar en no pagarme si resulta que el coche sigue siendo una tostadora cuando hayas acabado..., a lo mejor a mí se me ocurre investigar algunas de las cosas de los sueños. Para estar seguro de que no han pasado en realidad, ¿vale?

Sonríe con amistosa malicia.

¿Cómo? ¿Cómo coño lo sabe?

—Estás mal de la cabeza —dice Carl. Tiene ganas de decir algo más, pero... Se centra en el motor mientras intenta pensar.

Bo debe de estar viendo los ojos. O eso, o tiene su propio poder cuando sueña. Porque sus sueños no eran ciertos, y los de Bo sí. No es de extrañar que le tenga miedo a Carl ahora que la venda de la justicia se ha levantado un poquito.

Pero los sueños también cuentan mentiras. Como lo que le vio hacerle a esa chica, fuera lo que fuese. No era inocente. Tenía un OnlyFans; Carl encontró una tarjeta en su cartera. Muchos fiscales consideran que la prostitución es un delito sin víctimas, así que envían a las chicas a un psicólogo o algo, sin siquiera presentar cargos. Él solo se aseguró de que recibiese el castigo que merecía. Y sabe perfectamente que no lo denunció porque, al terminar, le recordó que conocía la dirección de su casa...

«Céntrate». Bo no ha dicho nada de los ojos, así que puede que solo sea un sueño. Y puede que los sueños le muestren imágenes distorsionadas, incompletas, porque la magia es de Carl. De alguna manera, Bo ha conseguido absorber una parte de ella del Porsche, como si se alimentase del poder de Carl por vía interpuesta, pero no tendría que haber pasado. No está hecha para él.

¿Será que el origen de la magia está en el Porsche? ¡Ay, Dios! Y como ha cometido el terrible error de venderlo, lo que se ha llevado Bo es como el propio coche ahora: un hermoso instrumento de precisión averiado, *contaminado* por la mano de un dueño indigno.

Vale. Pero tiene solución. Puede que haya roto las reglas al vender el Porsche, pero hasta el hombre más recto puede cometer un error. Solo tiene que redimirse.

Trabaja en el motor toda la mañana sin parar, no tanto para tratar de arreglarlo —porque ahora sabe que, en realidad, el problema está en el propietario—, como para ganar tiempo. Se mantiene en silencio mientras cambia los cables de la batería y hace otras cosas. Normalmente, Bo pone alguna tertulia en la radio para tener algo de ruido de fondo mientras charlan, pero, por alguna razón, esta vez no se ha ofrecido a hacerlo. Mira trabajar a Carl durante un rato, inclinado sobre él y fingiendo que entiende la mitad de lo que hace, pero al cabo de una hora más o menos, se sienta en una vieja silla plegable y empieza a mirar el móvil. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos así, comienza a cabecear. Pasados otros diez —Carl lo está observando de manera disimulada, contando en silencio, con

cuidado de no hacer ningún sonido brusco—, Bo ladea la cabeza y empieza a roncar.

¡Al fin! Carl saca el bastón de la bolsa de las herramientas.

Hay una caja de lonas de plástico en el trastero del cobertizo. También lleva una lámpara de luz ultravioleta en la bolsa de herramientas. La metió allí hace mucho tiempo para encontrar con más facilidad las fugas de aceite, pero también resulta útil para localizar salpicaduras de fluidos. Es como si el universo estuviera volviendo a colaborar con él para que pueda enderezar las cosas.

La camioneta de Bo no sirve. Ni el Mustang de Carl, por razones evidentes. Con gran pesar, se da cuenta de que tiene que ser el Porsche. Lo arrancará y lo llevará hasta el lago Echo, fuera del Estado. Está tan lleno de basura que podrían pasar años sin que encontrasen un vehículo; pero, como es lógico, Carl denunciará la desaparición de Bo, preocupado por su amigo. También hará constar que el Porsche ha desaparecido. Habrá cámaras de los radares o los peajes que apuntarán hacia el lago. Parecerá que ha sido una reventa que ha salido mal, y que algún pirado fanático de los coches clásicos ha intentado cubrir sus huellas arrojando al lago el objeto de la controversia. Tendrá que llevar a cabo alguna reorganización creativa del cuerpo para que encaje en el diminuto maletero delantero del Porsche, pero, oye, ¿no decía Bo que tenía que trabajar su flexibilidad?

Lo peor es lo del trabajo. Tendrá que vender el coche y mudarse a otro sitio donde puedan contratarlo en el departamento de policía, lo cual es un asco. Pero también tirará la caña en el condado de Bo, por si al nuevo *sheriff* le interesa un agente experimentado que conozca la zona. Hasta puede que dejen que compre el Porsche una vez que se haya cerrado el caso.

Está tan contento con el desarrollo de las cosas que tararea mientras abre el maletero para meter a Bo. Pero entonces retrocede dando un trapiés, sobresaltado, y contiene a duras penas una exclamación...

Ojos. Ojos. Hay ojos en la luz del maletero y en el mecanismo de la cerradura y en las bisagras (que los triturarán cuando cierre, lo que no tiene sentido). Ojos individuales que lo miran pestañeando bajo la luz repentina. Incluso un corpúsculo de siete, como huevos de araña, observándolo desde el fondo del vacío compartimiento de

la rueda de repuesto. Ojos que quizá llevan algún tiempo allí, bajo la piel del Porsche, porque Bo ya había quitado el gato y Carl nunca ha mirado mucho en el maletero. Nadie se compra un Porsche por el maletero.

Los ojos de Bo son... eran, castaños. Estos son marrones. Como los de Carl.

—¡Pero si lo he arreglado! —murmura. Bo quería *chantajearlo*. Que el Porsche estuviera jodido era culpa suya. ¡Bo se había cargado su magia!—. ¡Lo había arreglado!

Se aparta bruscamente, pero ahora también hay ojos en los faros. Como en el sueño, ojos grandes y conocidos que lo siguen mientras trastabilla tropezando con el fardo que es el cuerpo de Bo y está a punto de caer al suelo. Se sujeta en un estante —una porquería rebosante de basura como el resto del garaje de Bo—, una plancha de contrachapado apoyada en unos ladrillos que cae estrepitosamente al suelo en cuanto el peso de Carl se apoya sobre ella. La hoja de una sierra de calar que estaba allí suelta cae con el resto de la chatarra y le da en el brazo. Apenas siente la punzada de dolor mientras se incorpora apoyándose en una rodilla —y todos los ojos parpadean—. Se tapa la herida con una mano e intenta enderezarse, intenta centrarse, intenta...

Algo palpita, cálido y gélido a la vez, bajo su mano.

Se queda paralizado. Se mira el brazo, que sangra copiosamente. La sangre fluye entre sus dedos y se derrama sobre el suelo formando una cascada templada de color cobrizo. Mierda, ahora va a tener que limpiar también eso. La cosa que se había movido vuelve a hacerlo, rápida, temblorosa, resbaladiza. Es como un nudo. Bajo la piel.

Aparta la mano de la herida del antebrazo y, durante un momento muy largo, se queda mirando un ojo de color marrón que lo observa desde el interior de la raja. Parpadea con rapidez para quitarse la sangre de las pestañas.

Vale. Ventaja: la magia ha vuelto, y más fuerte que nunca.

Desventaja: ahora está contaminada.

Siente que es su castigo por vender el Porsche.... y por dejarse pillar por la vieja musulmana y por desperdiciar su amistad con Bo y por todos los que se han aprovechado de él alguna vez. La justicia es ciega, y Jesús está mirando, y Carl está destinado a ser un soldado de la rectitud, a hacer del mundo un lugar mejor, aunque tenga que

romperle los dientes para conseguirlo. Pero ha sido descuidado, perezoso, torpe, y esta es la recompensa por su fracaso.

Se limpia la sangre en la camisa —y al hacerlo nota muchas pequeñas protuberancias redondeadas bajo la piel, moviéndose contra la palma de su mano en el pecho—. En medio de toda la basura que ha caído al suelo junto con la hoja de sierra, ha visto una hoja de papel de lija y una navaja multiusos. No puede tener la certeza de que los nuevos ojos serán invisibles a los demás, como los de los faros. Hasta que pueda reanudar la obra y volver a castigar a los pecadores, la presencia de la magia es un error. Tendrá que enderezar las cosas a mano.

El ojo de su antebrazo se abre de par en par cuando coge el papel de lija y lo acerca a la herida. Carl sonríe, feliz de poder volver a enderezar las cosas del mundo, aunque sea a pequeña escala.

Y, entonces, se pone a trabajar.